

# Conspirativismo digital y demarcación científica: un acercamiento desde la etnografía virtual

Manuel García Domínguez<sup>a</sup> y Pablo Verde Ortega<sup>b</sup>

## Resumen

Las teorías conspirativas han gozado de un crecimiento exponencial en la última década gracias a su viralización a través de distintas plataformas digitales como Telegram. Estas comunidades conspirativas han sido criticadas por su abandono de toda forma de cientificidad desde filósofos clásicos como Popper o Bunge. Sin embargo, un estudio detallado de las comunidades conspirativas vigentes da cuenta de que en tales comunidades la ciencia sigue conservando, en última instancia, autoridad epistémica. A la luz de un análisis histórico del problema de la demarcación desde el Círculo de Viena, en este ensayo desarrollaremos cómo las comunidades conspirativas redibujan falazmente los límites que demarcan la ciencia conforme a criterios no epistémicos, sino políticos, así como emplean la ciencia terminológicamente para la defensa de ciertas ideologías. Posteriormente, relacionamos esta nueva demarcación con fenómenos emergentes en redes sociales como la posverdad, las ventanas conceptuales o las burbujas epistémicas, incidiendo en su vínculo con los vicios asociados a estas comunidades conspirativas. Tras ello, nos aproximamos desde una etnografía virtual a un grupo de Telegram conspirativo dedicado a la crítica de la Agenda 2030, considerada una trama oculta para el control de la población a través de “engaños científicos” como el cambio climático o

---

<sup>a</sup>Universidad Complutense de Madrid y Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, España.

Contacto: mangar21@ucm.es

<sup>b</sup>Universidad Complutense de Madrid y Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, España.

Contacto: paverde@ucm.es

la pandemia. Finalmente, tras la crítica realizada, proponemos ciertas transformaciones de la ciencia convencional de la epistemología social y feminista para reconfigurar una imagen pública de la ciencia que evite la generación de este tipo de comunidades o, al menos, la neutralice en el imaginario social.

**Palabras clave:** Conspirativismo, demarcación, ciencia, pseudociencia, posverdad

## Abstract

Conspiracy theories have enjoyed exponential growth in the last decade thanks to their viralisation through different digital platforms such as Telegram. These conspiracy communities have been criticized by classical philosophers such as Popper and Bunge for their abandonment of any form of scientificity. However, a detailed study of current conspiracy communities reveals that in such communities science ultimately retains epistemic authority. In the light of a historical analysis of the problem of demarcation since the Vienna Circle, in this essay we will develop how conspiratorial communities fallaciously redraw the boundaries demarcating science according to political rather than epistemic criteria, as well as employing science terminologically for the defense of certain ideologies. Subsequently, we relate this new demarcation to emerging phenomena in social networks such as post-truth, conceptual windows or epistemic bubbles, highlighting their link with the vices associated with these conspiratorial communities. After that, we approach from a virtual ethnography to a conspiratorial Telegram group dedicated to the criticism of the 2030 Agenda, which considers it a hidden plot for the control of the population through 'scientific deceptions' such as climate change or pandemics. Finally, following this critique, we propose certain transformations of the conventional science of social and feminist epistemology in order to reconfigure a public image of science that avoids the generation of this type of community or, at least, neutralizes it in the social imaginary.

**Keywords:** Conspirativism, demarcation, science, pseudo-science, post-truth

## 1. Introducción

En los últimos años asistimos a un aumento de las comunidades que pivotan en torno a alguna teoría de la conspiración. Tanto es así que autores como Ramonet (2023) han rotulado nuestra época como la era del conspiracionismo, donde las comunidades conspirativas se caracterizan por “hacer referencia a un plan urdido por un grupo que mantiene ocultas sus intenciones y acciones con el fin de conseguir ventajas de orden político, económico o social” (Gallo 2019, p. 219). A esto Patán (2006) ha añadido una serie de características comunes tales

como la presentación de un mundo ordenado sin casualidades, la liberación de sus seguidores de responsabilidades, el seguimiento de lógicas maniqueas y la posesión de cierta carga milenarista. En su dimensión epistémica, Popper (1994) entenderá las teorías de la conspiración como discursos cerrados y autoafirmativos y los despoja de todo carácter de cientificidad al no poder falsar aquello que refiere a lo constantemente oculto. Ante esto cabría recuperar una postura epistemológica particularista ante las teorías de la conspiración, es decir, no considerar que estas sean por defecto descartables o epistémicamente erradas y defender que si llegan a acumular un grado considerable de evidencia a su favor, se pueden tener en cuenta como una forma legítima de explicación de ciertos fenómenos (Verde 2022). Coherentemente, un aumento de las tendencias conspirativas no debería ser un motivo intrínseco de preocupación. Sí lo es, no obstante, el hecho de que este aumento esté en su gran mayoría ligado a grupos que ponen su acento conspirativo en temas como la pandemia del SARS-COV-19 o el cambio climático, que no solo han sido y son de vital importancia sociopolítica, sino que además cuentan con un respaldo científico abrumador a sus espaldas.

Nuestro objeto en el presente artículo es centrarnos en el caso particular de los conspiracionistas englobados en torno a la crítica a Agenda 2030, analizarlo en lo que tiene de singular y cotejar cuáles son los vicios epistémicos que lo lastran (pero de los que no necesariamente adolecen las demás teorías de la conspiración) y que a la postre hacen de la misma una teoría errada, insatisfactoria e incluso perjudicial. Finalmente, ofreceremos algunas conclusiones de la mano de la epistemología social y feminista contemporánea que podrían sentar las bases de una cultura de la discusión pública de la ciencia alejada tanto del negacionismo más deletéreo como del dogmatismo y la confianza ciega en las instituciones científicas. De esta manera, dispondremos de herramientas epistémicas mucho más sólidas para solucionar problemas acuciantes como fue la pandemia apenas tres años atrás y seguirá siendo el cambio climático, entre otros.

## **2. El problema de la demarcación científica y sus derivadas**

A pesar de que una de las características más comunes del conspiracionismo político es el negacionismo científico, es decir, el rechazo de los principales consensos de la comunidad científica, no debemos creer que la ciencia está desterrada del discurso conspirativo. De hecho, la

ciencia permanece en una posición central dentro de su argumentario y aquello que distingue al conspirativo no sería tanto su renuncia a la cientificidad sino una concepción singular de la misma. Ahora bien, esta cientificidad alternativa no supone sólo una ampliación del concepto a nuevas disciplinas y estudios, sino también un cuestionamiento de ciertos criterios más asentados de cientificidad que fragmenta las ciencias establecidas y emplea los trozos resultantes a su favor. Ante esto podríamos preguntarnos ¿qué entendemos por ciencias y sobre qué sectores de tal ecosistema se vierten las críticas conspirativas?

Los límites de las ciencias se han delineado especialmente durante el último siglo a partir de los análisis del Círculo de Viena. Aunque el problema que realmente concernía a los filósofos englobados bajo este rótulo no era tanto la delimitación de la ciencia frente a la pseudociencia sino frente a la metafísica, sentaron las bases del futuro problema de la demarcación científica a partir de su teoría verificacionista: “una aseveración científica debía poder distinguirse de una metafísica por la posibilidad de ser verificada” (Hansson 2021), entendiéndolo por “verificación” la capacidad para ofrecer apoyo empírico a favor de una proposición dada.

Fue Karl Popper quien dio forma definitiva al problema de la demarcación en filosofía de la ciencia, que consideraba el más importante de esta disciplina. El criterio de demarcación que propuso no es otro que la falsabilidad: “para ser calificada de científica, una proposición o un conjunto de proposiciones debe ser capaz de entrar en conflicto con observaciones posibles o concebibles” (Popper 1962, p. 39). Asimismo, el austriaco fue quien desplazó el foco desde la metafísica, poseedora aún a su juicio de algún significado, a la pseudociencia. Imre Lakatos (2018), por su parte, añadió en los años 70 una capa más de profundidad al ya venerable problema de la demarcación al cambiar el foco de la teoría aislada al programa de investigación. Según el filósofo húngaro, un programa de investigación es progresivo si las nuevas teorías hacen predicciones sorprendentes que se confirman. En contraste, un programa de investigación degenerativo se caracteriza por teorías fabricadas sólo para acomodar hechos conocidos. Lakatos enfatizó que el progreso en la ciencia es posible si cada nueva teoría desarrollada en el programa tiene un contenido empírico más amplio que su predecesora.

A este respecto, Larry Laudan (1983) escribía en los años 80 sobre la muerte del problema de la demarcación:

En la medida en que nuestra preocupación es protegernos a nosotros mismos y a nuestros compañeros del pecado car-

dinal de creer en lo que deseamos que sea cierto en lugar de en lo que existe una evidencia sustancial (y seguramente eso es a lo que la mayoría de las formas de “charlatanería” se reducen), entonces nuestro enfoque debe estar completamente centrado en las credenciales empíricas y conceptuales de las afirmaciones sobre el mundo. El estado “científico” de esas afirmaciones es completamente irrelevante (p. 125).

A pesar de la perspectiva de Laudan, la filosofía de la ciencia posterior a estas afirmaciones ha continuado ofreciendo criterios de demarcación, si bien desde una perspectiva más gradualista, pragmática y sobre todo pluralista. Uno de los grandes inconvenientes en el planteamiento del problema de la demarcación por los autores clásicos (Círculo de Viena, Popper y Lakatos) residía en su insistencia en el criterio único, lo que acabó conduciendo a cada uno de los modelos demarcacionistas a aporías, contraejemplos e insuficiencias que dificultaban cualquier separación mínimamente solvente entre ciencias y pseudociencias.

Ante los callejones sin salida del monismo, encontramos a partir de los años 80 aproximaciones como la de Mario Bunge (1982), que critica los intentos previos de demarcación científica precisamente por su carácter unilateral. Al contrario, el filósofo argentino-canadiense defiende la importancia de una combinación de criterios para poder dar una respuesta sólida al secular problema de la demarcación. Así pues, ofrece en 1985 un decálogo para evaluar la (falta) de científicidad de una disciplina, del cual podemos recuperar algunos de sus puntos:

1. Es una comunidad de creyentes, no de investigadores;
2. La sociedad anfitriona apoya a la comunidad de creyentes por motivos prácticos (porque es un buen negocio o porque refuerza a la ideología imperante) o la tolera, aunque la exilia fuera de la cultura oficial;
3. El dominio o universo del discurso contiene ítems imaginarios, tales como influencias astrales, pensamientos desencarnados, super-egos, memorias ancestrales, voluntad nacional, destino manifiesto, objetos voladores no identificados y similares a los que todos los miembros de la comunidad les asignan existencia real. [...]
4. El fondo específico es muy pequeño, cuando no vacío: una seudociencia aprende poco o nada de otros campos de conocimientos y contribuye poco a nada a ellos;

5. La problemática incluye problemas mal planteados (por tener supuestos falsos) y típicamente (aunque no siempre) prácticos más que cognoscitivos.
  
6. El fondo de conocimientos acumulados es pequeño, está estancado y contiene numerosas hipótesis incontrastables o incompatibles con hipótesis científicas bien confirmadas (leyes); en particular, no contiene leyes propiamente dichas (Bunge 1985, pp. 68-69).

Los conspirativos políticos, como veremos, han contribuido a esta revitalización del problema de la demarcación aunque en una dirección opuesta al “giro pragmático” que caracteriza a la mayoría de filósofos de la ciencia contemporáneos dedicados a esta cuestión. En vez de desplegar criterios múltiples y flexibles, los conspiracionistas aspiran a alcanzar un mecanismo de triaje entre conocimientos científicos (legítimos) y pseudocientíficos (ilegítimos) que sea único y uniforme. Ya no se trata de delimitar lo científico de lo no científico, sino el conocimiento legítimo del espúreo, el que es producido por las élites globalistas frente al que ofrece resistencia a las mismas. El criterio de demarcación, como vemos, es eminentemente ideológico, político y no epistémico. Así, los conspirativistas darán por válido sólo aquel conocimiento científico que sirva para justificar sus propias teorías y praxis. Dado lo injustificable de la mayoría de ellas, estos grupúsculos deberán mutilar las ciencias existentes, trocear las diferentes teorías y seleccionar solo aquellas partes que les resulten convenientes, lo que en muchas ocasiones lleva a recontextualizar los pedazos de evidencia científica tomados de maneras que contradicen las conclusiones originales de las mismas.

He aquí los dos grandes vicios epistémicos del conspiracionismo: su recaída en las soluciones monistas al problema de la demarcación y su empleo arbitrario de los factores sociales como criterio demarcador, lo que de la mano de Bunge (2014) podríamos llamar “escepticismo radical” de corte político (p. 198). Esto no obsta para que la mayoría de conspiracionistas se vean a sí mismos como los más acérrimos defensores de la ciencia (o de lo que ellos demarcan como ciencia) hasta el punto de reproducir lo que podríamos denominar un “pseudopositivismo” que priva de validez cualquier afirmación que se haga por fuera de los márgenes que su peculiar sistema de demarcación impone.

### 3. Conspiracionismo en la era digital

Este auge del conspiracionismo tiene una estrecha relación con la transición digital de las sociedades contemporáneas, especialmente con las tecnologías de la información y la comunicación. Estas tecnologías han generado nuevos espacios para la discusión dentro del espacio público como canales semiprivados de Telegram o WhatsApp, desde donde se comparte información sin dar cuenta de sus atributos de veracidad, en lo que Dawkins vino a llamar ‘meme’. Al usuario de estas plataformas, Lara (2017) lo caracteriza por una gran incontinencia, debate huidizo, lenguaje soez, supraideas marcadas, argumentos de terceros y fuentes no contrastadas. Un contexto de sobrecarga de información supone una sobrecarga, a su vez, de información no contrastada, siendo su primera consecuencia la descentralización de las formas vigentes de verificación de la información. Esta sobrecarga de información conlleva una transformación del tiempo para el consumo y cierta confianza social en el contenido que se consume; precisamente serán esta pérdida de la autoridad previa dentro del ruido social y la centralización de la responsabilidad epistémica en un individuo temporalmente precarizado dos pilares sobre los que emerge la llamada posverdad. En palabras de Zafra (2017): “la pareja celeridad y exceso contribuye a reforzar emociones e ideas preconcebidas bajo la lógica de que no puede haber parada reflexiva sin tiempo para ello” (p. 72).

La posverdad se entiende así como aquellas circunstancias donde los “hechos objetivos son menos influyentes en la formación de la opinión pública que la apelación a las emociones y las creencias personales” (Brahms 2020, p. 1). Esta centralización del discurso emotivo sobre la información reconfigura profundamente aquello que entendemos por información científica; en este sentido no se pretende un cambio de contenido o una alteración de la forma teórica, sino que “lo que está en juego es lo que rige los enunciados y la manera en que se rigen los unos a los otros para constituir un conjunto de proposiciones aceptables científicamente” (García 2018, p. 180). Hay cierto consenso en señalar que la posverdad está estrechamente relacionada con el relativismo y que por tanto se desdibujan absolutamente los límites de la ciencia conforme a los criterios personales de cada cual. Sin embargo, esta postura plantea serias limitaciones a la hora de dar cuenta del carácter eminentemente social de las redes digitales. El relativismo parece reducir las cuestiones al individuo como individuo, mientras que en el caso del conspirativismo político el valor de verdad de las distintas cuestiones

se amplía al individuo como parte de la comunidad conspirativa con la que comparte ciertas ventanas conceptuales y que funciona como burbuja epistémica. Precisamente será esta tensión entre la formación de emociones comunes y la viralización de un exceso de información propia de ecosistemas digitales el caldo de cultivo para el desarrollo y la emergencia de la cientificidad conspirativa.

## 4. Estudio de caso

La comunidad de estudio, como veníamos tratando, es un reciente grupo hispano de Telegram organizado contra la Agenda 2030, también conocida como Agenda para el Desarrollo Sostenible, planteada por la ONU en 2015. Aunque hay cierta variedad dentro del grupo, se considera que esta agenda es un plan orquestado por una élite oculta y diabólica que pretende el control absoluto de la población a través del genocidio y la inoculación. En este sentido, en adelante se considerará esta una comunidad conspirativa al seguir las condiciones mencionadas al comienzo del ensayo: la introducción de elementos como agentes poderosos, secretos y potencialmente amenazantes, y la consideración del mundo como un lugar poco confiable y lleno de engaños que puede moldear la forma en que se seleccionan, evalúan y presentan la información (Meyer et al. 2022). Esta postura tendrá expresiones directas en la ignorancia de los métodos de producción de conocimiento científico, la simplificación de la relación entre las instituciones políticas, sociales y científicas, y la comprensión de la realidad como algo fácil de desentrañar por la experiencia personal desarraigada de sus implicaciones sociales. Veámoslo con ejemplos emitidos en el mismo grupo de Telegram.

### 4.1 La Ciencia y la ciencia para esclavos

El abordaje del hecho científico por parte del grupo de Telegram es complejo y presenta muchas aristas. Los miembros del grupo, a pesar de su heterogeneidad, se consideran abiertamente científicos, dotando de una máxima autoridad enunciativa a cierta información presentada como científica. Por ejemplo, Q., usuario del grupo, incide en que “es fácil derribar la mentira del cambio climático porque no se sostiene científicamente ni tampoco por observación”. Sin embargo, como hemos venido exponiendo, no se trata de la ciencia en su sentido usual, sino que se establece una distinción radical entre la llamada “Ciencia” y las “ciencias para esclavos”. D., usuario del grupo, dirá: “quienes nos

mienten hoy aparecen como representantes de la ciencia (ciencia para esclavos, no Ciencia) como sacerdotes, como políticos, como militares o paramilitares mandados”. La Ciencia se presenta en primer lugar bajo una definición en términos de negación, como una forma de conocimiento alejada de las instituciones tradicionales tales como el Estado o la Iglesia. En otros términos, no se dice positivamente qué es la ciencia, sino que se aspira a hacer una demarcación con base en todo aquello que no es; como comentábamos, seccionando el territorio científico y descartando aquellas teorías que no encajan con su ontología política. T., otro usuario del grupo, continúa esta crítica a la ciencia mediática:

Hace siglos, cuando la verdadera “ciencia” era un lujo de pocos, la gente hablaba de “La ira de Dios” ante estas situaciones. Hoy, con “la otra ciencia” pregonada por los medios, la ciencia real es silenciada para que los “fieles creyentes” sustituyan a un Dios por otro.

Este punto es profundamente interesante ya que se adopta desde su postura neodemarcacionista la crítica que se les plantea desde posiciones demarcacionistas clásicas. Para el mencionado García (2018) “la tecnología facilita la propagación de noticias falsas y sin fundamento y comprobación de su veracidad. Por ello se habla de una verdad científica y una posverdad mediática” (p. 187). En este sentido, desde la comunidad conspirativa se produce una desvinculación del grupo de Telegram con las fuerzas mediáticas, tratando de presentar una alternativa informativa y pudiendo plantear así esa misma crítica: aquello de que se informa en los medios de comunicación tradicionales es falso y sólo esta comunidad tiene acceso a la verdad científica. A este respecto, S., usuario del grupo, relata:

En este momento somos una fuerza social creciente en todo el mundo, por eso lo que más temen es que seamos capaces de canalizarla. Millones de personas que en su momento se inocularon ahora son de los nuestros, se han dado cuenta. Y no solo eso, se han hecho inmunes al resto de engaños colectivos como son el Canto Climático, la Guerra de Volodomir y las constantes campañas de la Afrenta 2030. La credibilidad de la ciencia oficial, de los médicos, de los periodistas está bajo mínimos, sobre todo los más jóvenes se informan en Internet. Los hacedores de todo esto saben que ya no cuela.

Se podría inferir que se considera científico cualquier información con apariencia científica que no provenga ni esté apoyada por las instituciones estatales, los principales medios de comunicación y la comunidad científica internacional. De hecho, tendrán lo que han llamado su propia comunidad científica, como dice D.: “hay una comunidad médica que lleva décadas denunciando vacunas infantiles [...] hay pruebas suficientes que las relacionan con cánceres, leucemia, parálisis...”. Ahora bien, la misma noción de “apariencia científica” es de por sí problemática y quizás haya que esbozar algunas de sus expresiones. En términos generales, se produce una banalización de la forma científica en cuanto se considera con apariencia científica todo aquello que siga las representaciones estereotipadas del científico, a saber, que sea enunciado por una persona con bata blanca que se dice científica, que incluya una sobrecarga de datos cuantitativos que parecen apoyar una hipótesis o que añada palabras complejas relacionadas con ámbitos de las ciencias naturales, tales como la biología, la física o la química (Urteaga 2013). M., usuario del grupo y autodenominado alquimista, señalará a un científico llamado Bartomeu Payeras, al que presenta erróneamente como catedrático de la Universidad de Barcelona, que investigó una oculta agenda de inoculación masiva con grafeno, lo cual en sus mismos términos “ha generado coronas bio-moleculares en las células producidas a causa de las nanopartículas y los campos CEM y produce desechos exosómicos con fragmentos de información errónea en forma de bolsitas proteicas con cadenas de ARN”. Otro ejemplo paradigmático al que citan es el físico John Clauser, autor no especializado en cuestiones climáticas, perteneciente a la C02 Coalition, organización que recibe financiación de grandes industrias petroleras. Se produce así una reducción del contenido científico a sus conclusiones, característica central de toda pseudociencia, sin dar relevancia al método o los autores encargados de la producción de conocimiento. En palabras de Bunge, “contiene métodos que no son contrastables ni justificables; en cambio, típicamente, la pseudociencia no hace experimentos ni admite la crítica” (Bunge 1985, p. 70). La diferencia entre Ciencia y ciencia para esclavos reside en que si bien ambas tienen una forma científica, la primera cumple una segunda condición: confrontar con los consensos colectivos de la comunidad científica y enfrentarse con una agenda oculta, exponiendo una suerte de verdad revelada. Hacia esta idea apuntará Popper (1945) cuando describa la quinta columna de las teorías conspirativas como la secularización de las supersticiones religiosas.

## 4.2 La cuestión del Canto Climático y la agencia política

Para aterrizar el análisis de la cuestión científica en esta comunidad conviene posarnos sobre un tema en concreto. En este caso, será interesante abordar la cuestión del cambio climático. El cambio climático es un consenso de la comunidad científica, la mayor parte de la sociedad civil y las instituciones. Si bien se dan distintas formas de negacionismo, es inusual encontrar lo que Riechmann ha venido a llamar negacionistas de nivel cero o nivel uno (Riechmann 2020), es decir, aquel negacionismo que rechaza respectivamente la mera existencia de un cambio climático o lo asocian a un cambio no antropogénico. Muchos de tales negacionistas se agrupan en este tipo de comunidades donde se considera que el cambio climático es una invención de la Agenda Globalista de Davos y la ONU que defenderían una ideología, según A., usuario del grupo, “post-izda woke-globalista”. De hecho, en relación con la Agenda 2030 es especialmente relevante ya que sitúan el cambio climático como fenómeno central en el desarrollo de la agenda. A., siguiendo esta línea, escribe:

La agenda es muy fácil derribarla ya que toda está basada realmente en una sola mentira que es la mentira del cambio climático, fíjense que todos [s.c. los puntos de la Agenda 2030] en su esencia tienen como excusa el cambio climático, así que derribando esa mentira que es muy fácil de destruir en realidad toda la satánica agenda caerá.

En este sentido, hay dos líneas principales: aquella que defiende que el cambio climático está siendo originado deliberadamente mediante lo que entienden como geoingeniería para el control de la producción agraria, y aquella que niega que los datos sean ciertos, es decir, que efectivamente este cambio no existe. Por supuesto, esto sólo puede considerarse entendiendo el cambio climático como un fenómeno aislado con nula conexión con otros fenómenos de la crisis ecosocial como la acidificación del agua oceánica, la transformación del suelo, la perturbación de los flujos bioquímicos. . . Ante la muerte de los grandes relatos, la forma de dar un sentido a la totalidad del mundo es la explicación de cada fenómeno bajo un microrrelato, fragmentando radicalmente una realidad materialmente interconectada. Esta construcción del discurso conforme a mensajes cortos encuentra un espacio fructífero dentro de las redes sociales y sus habituales limitaciones de caracteres relacionadas con el consumo excesivo y la velocidad de lectura que mencionamos

al comienzo del apartado. Como veíamos, ante la desautorización de las distintas instituciones se produce una reconfiguración de la certeza conforme a los propios conocimientos por observación, lo cual requiere de una profunda simplificación del mundo. Precisamente, uno de los atractivos que ofrecen las teorías conspirativas es la confirmación de la propia posición desde un razonamiento superficial, propio de aquel que se promueve en estas plataformas de mensajería rápida. Ejemplo de ello es que durante el desarrollo de una manifestación en el centro de Madrid el pasado mes de octubre, una pancarta rezaba: “si el calor mata, ¿por qué siguen vivos en Arabia Saudí?”.

Esta simplificación de la realidad está sustentada sobre una formación discursiva apo-yada sobre la comunidad, tanto en su dimensión epistémica como en su dimensión personal, donde se cruzan las cuestiones de la integración y el reconocimiento. Esta comunidad conforma, como hemos visto, una burbuja epistémica, sin embargo, se trata tanto de una burbuja algorítmica (Lara 2017), provocada por la recomendación maquinica, como de ciertas dinámicas entre los usuarios dentro del grupo. En estos casos, la burbuja epistémica tiene dos causas estrechamente relacionadas: la polifonía y la censura.

La polifonía hace referencia a la multitud de grupos similares donde se encuentran muchos usuarios desde donde se reenvía constantemente información hacia el grupo. Esto genera una red de información a menudo falsa y construye una comunidad epistémica sobre la que se cimantan las creencias a través de estrategias de intertextualidad y delegación de autoría. En este sentido, se podría decir que la burbuja epistémica no se reduce al grupo de estudio sino que se extiende rizomáticamente hacia un centenar de grupos más. Esto se relaciona con el último punto de la decatupla bungiana, según el cual “la pseudociencia no tiene parientes próximos salvo quizá otra pseudociencia con los que pueda interactuar fructíferamente; o sea, la pseudociencia está prácticamente aislada, no existe un sistema de pseudociencias paralelo al de las ciencias” (Bunge 1985, pp. 69-70). A menudo se piensa que las burbujas de información son sólo estos procesos sin ningún tipo de intervención centralizada; sin embargo, en el mismo grupo se generan núcleos de resistencia que quedan censurados por los administradores. A este respecto, F. advertía: “los antiguos organizadores me echaron del grupo por poner en duda su teoría del cambio climático causado por geoingeniería”. El ethos de esta comunidad “lejos de ser el de la libre búsqueda de la verdad, de la profundidad y de la sistematicidad,

es el de la defensa obstinada del dogma, si es necesario con ayuda del engaño o la violencia” (Bunge 1985, p. 70).

En general, el crecimiento del grupo durante los últimos meses hasta rozar los dos mil miembros se construye sobre las mismas estructuras digitales de la aplicación que permiten un control pormenorizado del discurso y una sensación de integración y reconocimiento por parte del resto de miembros. En este sentido, los grupos conspirativos no son una manzana podrida dentro de los ecosistemas digitales, sino en todo caso la versión hiperbólica de los vicios epistémicos propios de las actuales tecnologías de la comunicación y la información.

## 5. Conclusiones y alternativas

Para poder ofrecer una ciencia solvente ante la malversación del conocimiento científico de las teorías de la conspiración debemos asimismo descartar la visión dogmática de la ciencia que domina en gran parte de la sociedad y que la convierte en un conocimiento infalible, definitivo y sobre todo ajeno al contexto social en el que emerge. Así pues, aunque Feyerabend exagera al aseverar que la ciencia no es más que una ideología al mismo nivel que los cuentos de hadas, no yerra en su diagnóstico: “en la sociedad en general el juicio científico es recibido con la misma reverencia con la que no hace mucho tiempo se aceptaba el juicio de los obispos y los cardenales” (Feyerabend 1982, p. 82). No es infrecuente leer titulares periodísticos que anuncian “el último descubrimiento” o “la respuesta definitiva” de la ciencia (referida siempre en singular, como un todo macizo en lo epistémico, lo metodológico y lo sociológico) ante un determinado problema. Esto no hace sino evidenciar la confianza muchas veces irrazonada de la población no conspirativa hacia las instituciones científicas, lo que refuerza la dialéctica entre esta y las personas conspirativas, y alimenta la autoimagen crítica y antidogmática de estos últimos.

Ante esto, la filosofía de la ciencia social y feminista nos ofrece una alternativa: una ciencia plural y diversa, tanto entre los sujetos que la practican como en las metodologías y valores que la guían (Longino 1990). Asimismo, esta perspectiva permite integrar la influencia de factores sociales en la ciencia sin separarla de su dimensión empírica y sus métodos. Tacoronte (2020) dice al respecto de la propuesta de Longino:

Su empirismo es contextual y da un lugar central a la comunidad científica. La reflexión epistemológica tiene como objetivo resaltar la ciencia y su actividad como práctica

social, porque esta autora entiende que la acción científica es intersubjetiva. La actividad científica es contextual, no individualista y pluralista (p. 52).

La experiencia sensible que es la base del conocimiento científico debe incorporarse siempre a un corpus teórico ya establecido. Este corpus estará siempre atravesado por ideologías, valores y prácticas sociales que pueden ser reaccionarias o progresistas y, querámoslo o no, contribuirán al modo en que interpretaremos y explicaremos las evidencias que provienen de los sentidos. De esta forma, la ciencia nunca es neutral ni arroja resultados definitivos, pero tampoco es una fábula que pueda malearse a placer por los sujetos. Los valores sociales deben convivir con los epistémicos y con la evidencia empírica.

Otro referente a este respecto es Philip Kitcher, que considera imprescindible encuadrar la ciencia dentro de la sociedad y sus valores, pero sin caer en lo que denomina “igualdad epistémica”: la idea según la cual las opiniones de todo el mundo valen lo mismo y están igualmente fundadas. En su obra *Science in a Democratic Society* (2011) distingue entre tres tipos de valores a tener en cuenta:

1. Valores amplios: relativos a la libertad, la justicia o la democracia.
2. Valores probativos: que atañen a las líneas de conocimiento que vale la pena investigar y cómo.
3. Valores cognitivos: que expresan un compromiso en adquirir ciertos tipos de conocimiento. precisamos de una relación más fluida, horizontal y bidireccional entre centros de producción de conocimiento científico y sociedad civil.

La ciencia de calidad será aquella que logre conjugar y coordinar estos tres tipos de valores. A su vez, la pseudociencia se caracterizará por su incapacidad para integrar los valores sociales y la crítica que de ellos se derivan sin renunciar a una actitud epistémicamente constructiva y fiel a la experiencia sensible. Frente al escepticismo radical de los conspirativos, pero también frente a cualquier atisbo de confianza ciega en la ciencia, debemos reivindicar un escepticismo moderado. En palabras de Mario Bunge (1985):

mientras el escéptico radical es nihilista, el escéptico moderado es constructivo. Y lo que construye, a diferencia del edificio dogmático, no se desploma al primer temblor porque

ya ha pasado pruebas escépticas [...]. Un buen demócrata es un escéptico moderado: examina y sopesa sin obedecer ni desobedecer de primeras (Bunge 2014, p. 198).

Solo de esta manera estaremos en condiciones de confrontar las posturas conspirativas, no tanto (o no solo) con hechos científicos, sino con una actitud alternativa saludable tanto en lo epistémico como en lo social.

## Referencias

- Brahms, Y. (2020). *Philosophy of Post-Truth*. Institute for National Security Studies, pp. 1-19.
- Bunge, M. (1982). Demarcating Science from Pseudoscience. *Fundamenta Scientiae*, 3 pp. 369-388.
- Bunge, M. (1985). *Pseudociencia e ideología*. Madrid: Alianza Editorial.
- Bunge, M. (2014). *Las pseudociencias ¡vaya timo!*. Barcelona: Laetoli.
- Feyerabend, P. (1982). *La ciencia en una sociedad libre*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Gallo, A. (2019). Teorías de la conspiracionismo: de la paranoia al genocidio. *Estudios humanísticos. Filología*, 41, pp. 217-243. doi: 10.18002/ehf
- García, J. (2018). La posverdad en la difusión de la información científica. *La posverdad y las noticias falsas: el uso ético de la información*, pp. 177-201.
- Hansson, S. (2021). Science and Pseudo-Science. *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*. <https://plato.stanford.edu/archives/fall2021/entries/pseudo-science/>. Consulta: 09/10/2023.
- Kitcher, P. (2011). *Science in a Democratic Society*. Londres: Prometheus Books.
- Lakatos, I. (2018). La historia de la ciencia y sus reconstrucciones racionales. En Hacking, I. (ed.) *Revoluciones científicas* (pp. 204-242). Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

- Lara, P. (2017). 'Homo Facebook': ventanas conceptuales, posverdad y burbuja algorítmica. *COMeIN*, 71. doi: <https://doi.org/10.7238/c.n71.1767>
- Laudan, L. (1983). The demise of the demarcation problem. En Cohen, R. *Physics philosophy and psychoanalysis*. Boston: Library of Congress Cataloging in Publication Data.
- Longino, H. (1990). *Science as Social Knowledge: Values and Objectivity in Scientific Inquiry*. Princeton: Princeton University Press.
- Meyer, M., Oeberst, A., & Imhoff, R. (2022). How Do Conspiratorial Explanations Differ from Non-Conspiratorial Explanations? A Content Analysis of Real-World Online Articles. *European Journal of Social Psychology*. doi: 10.1002/ejsp.2903
- Popper, K. (1962). *Conjectures and refutations. The growth of scientific knowledge*. Nueva York: Basic Books.
- Popper, K. (1994). *La sociedad abierta y sus enemigos*. Barcelona: Paidós.
- Ramonet, I. (2023). *La era del conspiracionismo. Trump, el culto a la mentira y el asalto al Capitolio*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Riechmann, J. (2020). La crisis del coronavirus y nuestros tres niveles de negacionismo. *The Conversation*. <https://theconversation.com/la-crisis-del-coronavirus-y-nuestros-tres-niveles-de-negacionismo-134749>. Consulta: 09/10/2023.
- Tacoronte, M. (2020). Helen Longino. Una epistemología empirista y pluralista. *Cuestiones de género: de la igualdad y la diferencia*, 15 , pp. 51-70.
- Urteaga, E. (2013). Percepción estudiantil de la ciencia y tecnología en el País Vasco. *Sociología y Tecnología. Revista Digital de Sociología del Sistema Tecnocientífico*, 4(1) , pp. 58-74.
- Zafra, R. (2017). Redes y posverdad. En Fanés, J. y Maldonado, M. (eds.). *En la era de la posverdad*. Madrid: Calambur.